

CAPÍTULO XVI.

El lucero del alba.

Á los ocho días de lo que dejo relatado en el anterior capítulo, el hermano de la viuda leía atentamente un libro, de cuyo título no debo acordarme. Sépase, sin embargo, que pertenecía por su forma á ese especie literaria que llamamos novela, y por su índole moral al género corrosivo.

Sin duda encontraba alguna semejanza entre el pasaje que leía y su propia situación, porque de vez en cuando daba una palmada sobre las hojas abiertas del libro, y exclamaba con agradable sorpresa:

—Sí, sí; es lo mismo: el caso es idéntico; los pormenores son los que varían. Suprimanse ciertas circunstancias indiferentes; mitíguese un tanto la libertad con que el autor dispone del corazón de la heroína; déjese aparte la inverosimilitud de las pasiones repentinas, y heme aquí siendo el héroe histórico de este diablo de novela.... ¡Oh! el autor conoce perfectamente el alma de estos preciosos juguetes que llamamos mujeres.... ¡Bah! ¡Qué tontos somos cuando tenemos pocos años!

Volvió la página que le había inspirado estas ob-

servaciones, y siguió leyendo. Después de pasar algunas hojas, volvió á decir:

—Esto del naufragio es terrible. No veo necesidad de la catástrofe para que el seductor triunfe. No me gusta el género trágico, ni estoy por las pasiones románticas; pero, en fin, la diferencia del género no le quita la semejanza á los casos: el asunto es el mismo: el uno se desenvuelve en las soledades del mar, y el otro en el rincón de una aldea. Estoy á la vez en el desenlace de la historia y de la novela. Leamos y esperemos.

Clavó de nuevo los ojos en el libro, y siguió atentamente la lectura de la novela que tanto le interesaba.

Embebido su ánimo y fijos sus ojos en las páginas que de tal modo cautivaban su interés, no vió á Gil, que dejó ver toda su persona en el hueco de la puerta, ni oyó la tosecilla equívoca con que el asistente intentó advertirle que se hallaba en su presencia.

Por los expresivos gestos que con viva rapidez se bosquejaban en la movable fisonomía del soldado, colegíase que se encontraba en un grande apuro. Por una parte parecía desesperado de que su amo, absorto en la lectura del libro que tenía en las manos, no advirtiera la silenciosa aparición de su persona en el hueco de la puerta, y, por otra parte, el silencio que guardaba y el sigilo con que se movía eran indicio casi seguro de que se hallaba temeroso de distraer la fija atención con que leía.

Por lo visto su consigna era no interrumpirlo; mas sin duda al mismo tiempo el pobre Gil tenía alguna cosa urgente é importante que poner en su conocimiento, y he aquí su duda, su situación. Si lo interrumpía, ¿cómo evitar el primer ímpetu de su

cólera? Y si dejaba para mejor ocasión lo que tenía que decirle, estaba seguro de que lloverían sobre su cabeza rayos y centellas. Ya estaba Gil acostumbrado al furor de estas tempestades; mas no por eso dejaba de temerlas; porque si bien es verdad que salía de estos peligros siempre sin ser fusilado, ni siquiera desollado vivo, es el caso que rara vez escapaba sin algún tirón de orejas más ó menos fuerte.

Así es que, en medio de su impaciente perplejidad, se llevaba alternativamente las manos á una y otra oreja, rascándose con previsora anticipación el hormigueo que esperaba sentir en ellas, y levantando de vez en cuando el puño cerrado sobre su cabeza en actitud amenazadora, como si intentara descargarlo sobre su amo, ó más bien sobre el libro que éste leía, causa en aquel momento del conflicto en que se hallaba.

Es muy difícil elegir entre dos bienes; pero es mucho más difícil todavía elegir entre dos males.

Gil se encontraba entre dos tirones de orejas igualmente seguros: uno inmediato, inminente; otro menos próximo, pero de la misma manera inevitable.

Un alma pusilánime hubiera optado por el segundo; por el más lejano; pero Gil era impetuoso ante el peligro; y en la necesidad de pasar por el tormento de un tirón de orejas, quiso pasarlo pronto para salir del paso, y eligió el primero.

Como el que va á lanzarse á un abismo, Gil apretó los dientes, sacudió la cabeza para imponerse audacia, y dió un paso hacia el comandante, un paso majestuoso, teatral, heroico, y al mismo tiempo, con voz llena, clara y vibrante, dijo:

—¡Señor!

El comandante levantó la cabeza, y vió á Gil

con un pie hacia adelante, en la actitud del gladiador que acaba de marcar una estocada.

—¡Ah, bribón! (exclamó echando fuego por los ojos.) ¡Has atropellado la consigna!

La voz y la mirada del comandante eran el relámpago y el trueno: Gil bajó la cabeza esperando el rayo, y diciendo:

—Es que....

—¿Qué?—gritó el comandante, poniéndose de pie. Este era el segundo movimiento de su cólera.

—Que hay una visita que quiere hablar con V. S.

—¡Una visita! (exclamó el hermano de la viuda, asiendo con la mano derecha la oreja izquierda del asistente.) ¡Una visita que quiere hablar conmigo!.... ¡Ah, tunante! ¿Quién te ha dicho á ti que yo tengo mi tiempo para malgastarlo en conversaciones con las visitas?

—Mi comandante (replicó Gil): no tire V. S. todavía; y si la visita no le entra por el ojo derecho, puede V. S. quedarse con la oreja en la mano.

—Habla (dijo el comandante conteniendo el ímpetu de la mano, pero sin soltar la oreja). Habla: voy á tener la paciencia de oírte, por tener el gusto de desorejarte.

—Señor....

—Di....

—Ahí está....

—Piensa bien lo que vas á decir (le advirtió el comandante), porque de tu lengua depende tu oreja.

—Las dos me dejo cortar (añadió Gil) si V. S. no salta de contento al saber quién viene á visitarlo.

—Acepto, y juro cortarte las dos orejas.

—Poco á poco (replicó el asistente). Aquí hay que jugar limpio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que V. S. es muy capaz de darse á todos los demonios, aunque por dentro se chupe los dedos de gusto, sólo por entretenerse en desorejarme.

—¡Ah, *cárcunda!* Quieres atarme las manos, porque te la temes; pero no importa: si no me enfado, te prometo no enfadarme.

Gil se rascó la frente con aire dudoso; sin duda los términos de la promesa no le parecieron bastante precisos para entregarse á una ciega confianza. Viendo el comandante esta vacilación, ofensiva á la dignidad de su palabra, alzó el puño de la mano izquierda sobre la cabeza del asistente, y sin soltar la oreja que tenía asida con la mano derecha, le dijo:

—¡Bribon!.... ¿Te atreves á dudar de mi palabra?

—No (contesto Gil); pero....

—¿Qué?... Habla.

—Que V. S. no debe creer lo que voy á decirle.

—¡Gil! (exclamó el comandante, frunciendo su terrible entrecejo.) ¿Estás borracho?

—Señor, digo que V. S. no me creerá hasta que lo haya visto por sus propios ojos.

—Ea (replicó el comandante): acaba.... ¿quién me busca?

—¿Quién?... ¡Bah!.... La alegría del mundo.

—¿Qué dices?

—Digo que no tiene semejante debajo de la capa del cielo, y si me apura V. S., ni más allá tampoco.

—¿Acabas?—gritó el hermano de la viuda alzando de nuevo el puño sobre la cabeza de su asistente.

—Acabo (replicó Gil). Hace media hora que está ahí, porque quiere ver á V. S., el mismo lucero del alba en persona.

Reprimió el comandante los ímpetus impacientes de su ira, y bajando el puño hasta oprimir con

él la frente del soldado, le dijo con la voz sorda de la cólera reconcentrada:

—He prometido no arrancarte las orejas hasta que por mis propios ojos me convenza de que la visita impertinente que, contra mis órdenes terminantes, has venido á anunciarme, me es agradable, y cumpliré mi palabra; pero entre tanto, me parece que voy á tomar la prudente determinación de desollarte vivo.

—Juro (repitió Gil, cruzando entre sí los dedos de ambas manos) que es el mismo lucero del alba en persona.

—Pues bien: quiero ver al lucero del alba á las once del día brillar en las oscuridades de mi cuarto. Vamos á ver cómo trasformas mi dormitorio en un pedazo de cielo que brille con la suave luz de la mañana. Josué detuvo al sol: tú es preciso que lo hagas retroceder. Necesitas hacer un prodigio para salir vivo de mis manos.

Diciendo esto, el comandante soltó la oreja de Gil que todavía tenía asida, y prosiguió diciéndole:

—Conduce aquí á esa estrella de la mañana que ha venido á buscarme, y adviértele que brille con todo su esplendor, porque no te perdonaré ni la más ligera sombra que pueda oscurecerla.

En el momento en que Gil se vió libre de la mano que lo sujetaba, dió un salto hacia atrás, y desapareció por la misma puerta en que algunos momentos antes lo hemos visto aparecer.

El paso que le vimos dar hacia el comandante, resuelto á interrumpirlo en la lectura en que se hallaba sumergido, fué, como indicamos, un paso desesperado, lleno de toda la majestad de la resignación heroica; en cambio, el salto con que se lanzó fuera de la estancia fué un salto arrogante, victo-

rioso. Iba, por lo visto, seguro de confundir la incredulidad de su amo con la realización de un verdadero prodigio.

Quedóse el comandante pensando qué pena impondría á la insolencia de su asistente, porque lo había fusilado muchas veces, lo había desollado vivo muchas más, sin alcanzar á corregir su pertinaz torpeza, y dejando el uso de los tirones de orejas para las faltas ligeras, buscaba un ejemplar castigo que aplicarle en los casos extraordinarios.

Mas antes de que diera en el *quid* de la dificultad que embargaba su ánimo, vió iluminarse el hueco oscuro de la puerta por una claridad suave, semejante á la que producen los primeros albos de la mañana.

Detrás de esta sombra, digámoslo así, resplandeciente, aparecía la cabeza de Gil, mostrando en su expresiva fisonomía un gesto intencionado de complacencia y de malicia; y viendo la agradable sorpresa que se pintaba en el adusto rostro del comandante, dijo:

— Señor, aquí tiene V. S. al lucero del alba.

CAPÍTULO XVII.

La flor marchita.

En efecto : si la dulce claridad de ese hermoso astro cuya luz se desvanece en el cielo al romper el día puede compararse alguna vez á la belleza del rostro humano, podemos decir que el comandante se hallaba en presencia del lucero del alba.

Pero, entendámonos, de un lucero en cuyos negros ojos relampagueaban los rayos del sol de mediodía y cuya boca se contorneaba graciosamente por el movimiento de una afable sonrisa. El triunfo de Gil era completo, y tenía de ello testimonio seguro, porque había visto disiparse en el rostro del comandante las oscuridades de la ira, como se disipan las sombras de la noche en un cielo que amanece.

La visita inesperada que se le entraba al comandante por las puertas de su dormitorio era ni más ni menos que Rosalía; pero Rosalía más amable que nunca, más graciosa que nunca; en una palabra: más bella que nunca.

Había cierto esmerado descuido en todos los pormenores de su tocado; vestía la misma bata blanca de lunares rojos con que la vimos no hace mucho